

TRES CARTAS DE PEDRO RECIO.

SEGUNDA CARTA.

El llamado *obstruccionismo* es una piedra, y sobre esa piedra no se edificará ninguna iglesia. Es la piedra del indio puesta en medio del carril y que, por lo tosca, la ve desde lejos el maquinista y no perjudica al tren, ni le demora siquiera. Es la pedrada que, cuando más rompe un farol. Pero ese llamado obstruccionismo también es un síntoma. Acusa la necesidad de lucha periodística, la fuerza expansiva de cierta juventud—no representada en el caso por sus entidades conspicuas,—que anhela renovar el aire de la vida pública, trayendo nuevos elementos para ponerlos á servicio de la causa del orden. ¿Por qué las individualidades salientes de esa generación no son obstruccionistas? Porque entienden, y con justicia, que lo conveniente y lo patriótico no es entorpecer, sino sugerir. Esta sugestión de ideas nuevas, que la selección depurará, es la indispensable para la buena marcha del Gobierno. Es la que él pide, porque es honrado. Es la que nos obliga á darle, imprescindiblemente, la honradez.

El Estado—y ahora lo personifico,—no es un ser omnisciente, no tiene el don de obicuidad, no ciñe á su cabeza la tiara del pontífice infalible, no está sujeto á la tiranía del dogma; carece de los cien ojos de Argos y de los cien brazos de Briareo, pero sí debe tener las cien puertas de Tebas para que por ellas entren cada día todos los productos de la inteligencia y de la voluntad.

El Estado es la cifra del esfuerzo colectivo, y cuando éste resulta

débil, natural es que decaiga la acción gubernativa, como se para la máquina si el vapor le falta. Estamos siempre en campo de batalla, porque la paz, significando cesación de movimiento, no existe, no puede existir en el proceso social, puesto que no existe, no puede existir en la naturaleza. Todo es actividad, todo es transmutación de fuerzas, todo es, en una palabra, evolución. Los que todo quieren para *hoy* son majaderos, son ilusos, son inútiles. Los que dejan todo para *mañana* son impotentes y estorbosos.

Estando, pues, en campo de batalla, previendo siempre la aparición de un enemigo más ó menos conocido ó totalmente desconocido, es mal soldado el que se duerme, el que se va á la tienda del general para cantarle serenatas, al son de la guitarra, abandonando el puesto que le toca. A cada hora el centinela tiene que dar la voz de ¡alerta! y eso quiere, eso manda el general, porque confía en sus soldados; porque asigna ó todos el sitio respectivo, subdividiendo el trabajo en las maniobras, y espera que cada uno cumpla con su deber estricta y lealmente.

No puede complacerle ver á todos congregándose alderredor de la tienda de campaña en que él dirige las operaciones. Tendrá su Estado Mayor, tendrá sus lugartenientes y sus oficiales de órdenes; pero asimismo, y por fuerza, necesita tener sus centinelas que le adviertan el peligro próximo, que despierten á los dormidos, y sus consejeros fortuítos, no ligados á él, que más cerca del pueblo puedan con ruda franqueza darle á veces un aviso oportuno.

Dando ahora de mano esta ficción en que el Estado funge de General en Jefe, podemos venir á otro linaje de consideraciones, buscando aún el símil para que la idea sea visible, como Taine lo aconseja.

El Jefe de una nación no puede ser como el *Príncipe Perro* de Laboulaye ni andarse por los barrios husmeando las necesidades y las aspiraciones de los ciudadanos. Al Jefe de una nación es al que más trabajo le cuesta descubrir una verdad, y no porque á él le falte voluntad para oírla, sino porque no se la dicen. Confía en sus subalternos, en sus amigos, y si éstos le engañan ó no cumplen su obligación indagando lo que deben indagar y diciendo lo que deben decir, cometen un abuso de confianza.

El límite que ha de fijarse á la expresión de estas voluntades personales, más ó menos numerosas, es el que importa determinar. Cuando en ellas hay algún interés privado, alguna ambición parti-

cular, su externación en la prensa, en la tribuna, en el corrillo, es necio y puede ser delictuoso. Pero cuando se concretan aspiraciones nobles, cuando se inician proyectos útiles, cuando dentro del círculo de la legalidad se manifiesta un grupo, un individuo con ideas propias, eso ayuda al Gobierno, eso es ser buen soldado, eso es cumplir un deber de partidario y el deber supremo de patriota. Tontería es tener apagadas las lámparas, como las once mil vírgenes y descubiertos nada mas los incensarios.

El peligro siempre existe y con la magnitud de lo desconocido: por eso los auxiliares de la única causa honrada que hay ahora en política, toda vez que tiene ya carácter definitivo el arraigo de las instituciones liberales, tienen el deber de vigilar, de prever, de iniciar, de ir adelante, abriendo mucho los ojos para que no escape á su mirada lo que puede maquinarse en la sombra. Esta es, y será en toda época densa y honda. Por lo mismo se requieren buzos y son útiles á la vez todas las antorchas que se enciendan.

Muchas veces se ha dicho: ¿y por qué esos periodistas iniciadores, cuando son diputados, cuando pertenecen al Senado, no llevan á las Cámaras su iniciación y su empuje? Pues porque el legislador construye; el periodista, siembra. El legislador no puede edificar con aspiraciones; necesita realidades; elementos ya disponibles; en resumen, cantería, ladrillos, hierro, albañiles, artesanos y arquitecto. Querer levantar una fábrica sin piedra, sin cal, sin madera ni operarios, es simplemente insensato, y por eso el legislador prudente, hace lo que puede, reservándose el derecho y cumpliendo el deber de hacer, como publicista, lo que noblemente quiere. Prepara, allana, mueve, empuja el escritor, y cuando se han removido los obstáculos, cuando el camino está allanado, cuando ya hay rieles tendidos para que pase la locomotora y cuando ya hay locomotora, entonces se imprime á ésta movimiento, se le da vapor y se regula su marcha.

De otra manera, el valor es temeridad punible, es ir al descarriamiento, al choque, á la barranca, dejándose llevar por el impulso de un heroísmo imbécil. Eso equivale á pretender ganar la *prima* que el Gobierno ofrece como aliciente al ferrocarrilero que trabaje aprisa y arrojar á la República á un Escontzín político.

El periodista si puede y debe preparar; ese va en la carretilla vigilando los trabajos, y si no advierte el punto en que hay deslaves ó durmientes podridos, para nada sirve.

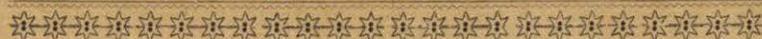
A la causa general de sostener el orden se supeditan intereses por ella, se sofocan ambiciones. Perturbar es un delito. Ver hacia delante, es una obligación. En el plan general de operaciones todos debemos estar en acuerdo perfecto y bien disciplinados; pero no por ello se nos fuerza á obedecer las órdenes de todos los capitanes, cuando puede presumirse que traicionan éstos ó que interpretan mal mandatos superiores; no por ello hemos de resignar el peso de la responsabilidad que en todos ha de repartirse, en un solo hombre ó en un grupo director. De que el Gobierno admite consejo y advertencias, tiene dadas pruebas. Se agrupan los comerciantes, constituyen una Cámara, hablan claro y en voz alta, apuntando las deficiencias ó las injusticias de una disposición gubernativa, y ésta se enmienda, conciliando los intereses del Erario público con los intereses legítimos de los particulares. Esa Cámara estudia un caso concreto y de su competencia; propone las objeciones que le ocurren á un acto administrativo, y, si éstas son válidas, el Gobierno las atiende.

Los agricultores se reúnen, inician, promueven, y á pesar del natural desbarajuste que ha habido en sus proyectos y polémicas, el Ejecutivo francamente ha expresado su buena voluntad para contribuir con eficacia á que lo proyectado se realice, en cuanto convenga á los intereses nacionales.

Hé aquí lo que resulta del esfuerzo colectivo, lo que no puede ser estéril, lo útil para el país y para el Gobierno mismo. Hé aquí lo que la prensa debe hacer iniciando, sugiriendo, señalando el error que descubra, y dedicándose á estudiar, con ánimo imparcial, determinados puntos. Eso no es obstruir, eso es mover y eso es lo que se necesita.

Ya hemos avanzado en el terreno del libre cambio. ¿Y por qué? Por la cohesión de algunos escritores que han propagado la doctrina. Si esta es oposición, decimos que es honrada, que debe existir, que al Gobierno le conviene y que el Gobierno la pide.

«Lázaro el Mudo» es un drama que está arrumbado en el archivo de D. Gerardo López del Castillo. Hay que hablar; pero hablar alta la frente.



## TRES CARTAS DE PEDRO RECIO.

## TERCERA Y ÚLTIMA CARTA.

Dije en mi anterior cuál es la forma de la prensa independiente, imparcial y útil. Ahora bien: ¿esa prensa pierde su carácter, pierde su independencia, pierde su imparcialidad, pierde su utilidad cuando recibe dinero del Gobierno? Distingamos: Si recibe ese dinero por cantar himnos á un gobernante, por bailar delante de él como pagada bayadera, por no ayudarle, sino antes bien, cerrar sus ojos, de igual suerte que el ocio se los cerró á Aníbal en Capua, es mercenaria, es vendida y es inútil; pero si la prensa llamada subvenida aconseja al dicho gobernante, le señala escollos, le propone medios de sortearlos, coopera en la común labor social; inicia, promueve y propaga ideas fecundas, honradamente gana lo que gana, llámese quien le proporcione elementos de subsistencia, Gobierno, gremio ó club. En tanto que plantee ó *planee* cosas benéficas, en tanto que impulse con energía y hable con lealtad, esa prensa merece ser favorecida, ya no sólo por el Gobierno, sino por todas las clases sociales inteligentes, por las clases sociales que capitanean la evolución. El Gobierno es un comprador como otro cualquiera, como el empleado católico y *subvencionado* que lee *El Tiempo* y como la garbancera que roba un centavo del *gasto* para comprar *El Monitor del Pueblo*. Yo subvenciono á varios periódicos, no de mi comunión política ni científica, y eso no les deshonorá aunque sí les aproveche. Cada cual compra lo que juzga necesario, utilizable, bueno, bonito ó barato. Todos tenemos derecho á procurar que nuestro trabajo

sea reproductivo, y no porque admita paga, el médico necesita subvención del enfermo: ni el que vende calicot, de quien se le compra.

\* \* \*

¿Cree alguien que la condición de un escritor no opositor es una canongía? Pues se equivoca. Haciendo oposición ha hecho cosas *El Monitor Republicano*. Halagando malas pasiones, odios vulgares y ruindades, ha medrado *El Tiempo*. Si ahora caen esos dos periódicos es porque no hay talento que los infle. Pero á todas luces, el periodista que busque el lucro debe irse á la oposición, y si en ella no lo encuentra, es porque no es periodista, sino majadero.

Cuando se destruía la administración del Sr. Lerdo, brillaba el talento, ganando dinero noblemente en *El Siglo XIX*, en *El Bien Público*, en *El Ahuizote*, etc. Ese talento se escapó del *Federalista*, que pagaba bien, de las Cámaras, de la Corte de Justicia. Pero era porque una necesidad social positiva y un instinto de honradez le empujaban al otro lado. Hoy la inteligencia verdadera no se encara con el Gobierno, y se limita á advertirle cuáles son los puntos peligrosos, á ir adelante con su antorcha.

Podría esa inteligencia pasarse á la otra orilla del río, obteniendo pingües utilidades, porque en la oposición no hay cabeza, ni dirección, ni táctica, ni respetabilidad, ni plumas diestras; no cuenta más que con viejos inservibles, de camándula ó de camándulas y con muchachos de libro debajo del brazo, libro que nunca abren. Cuando el inteligente no procede de tal modo, da muestras de honradez, de cordura y patriotismo; renuncia á mayor lucro, renuncia á la aureola popular, tejida por la ignorancia pero deslumbrante siempre en apariencia; sacrifica su amor propio, su deseo de sobresalir; recibe insultos; se bate, y gana lo que gana á fuerza de trabajo, merced á su potencia intelectual, no gracias al vulgo que compra, y bien, lo escandaloso, y á la estupidez corriente que paga, y caro, lo absurdo.

\* \* \*

El hombre inteligente, sin embargo, no ha hecho voto de pobreza, no pertenece á ninguna orden mendicante, no es un fraile descalzo. El hombre inteligente se calza, se nutre, compra libros y

para eso vende la mercancía llamada artículo. No es un sastre que le toma la medida al comprador, al cliente.

Hace un saco á su gusto y aquel á quien le viene y le conviene el saco se lo pone, esto es, lo compra. Un librero no le pregunta al comprador si es ministro, general ó presidente; si cree en la inmortalidad del alma ó en la eficacia de la gracia: vende el libro. Si lo que yo escribo con toda conciencia le parece bien al Gobierno, si le es provechoso divulgar mis ideas, no sólo tiene el derecho sino también el deber de comprar mis escritos. No es, por cierto, el comprador más pródigo, porque es infinito el número de los estultos y ese *Infinito* por el que viven subvencionados muchos, sí da en grande. Vendiendo novenas se gana más que de periodista ministerial. Con talento, la oposición es una mina.

Debe el Gobierno proteger á cierta prensa que le ayuda noblemente, y esta protección no desdora á aquel que la recibe, así como no cede en descrédito del profesor de instrucción pública en que cobre su sueldo por enseñar lo que sabe, siempre que lo sepa y siempre que sepa enseñarlo.

\* \* \*

Subvencionado, en el sentido vulgar de esta palabra, es el impotente, el inepto, el inútil, el hongo periodístico, el parásito, el que sin saber jota de nada sienta plaza de escritor y llama hermoso al gobernante feo, para que éste le dé una limosna mensual. Subvencionado es el periodista de oposición que sin conocimientos de ninguna clase, recibe salario de su amo el editor por conducto del encomendero-administrador, y llama feo todo lo hermoso y malo todo lo bueno, obedeciendo el interés ó capricho de su déspota. Subvencionado es el que sin ser católico fervoroso y observante, clama contra la impiedad, y, á fuerza de gritar, como sacamuelas callejero, consigue vender su chalanesca mercancía, á modo de esos turcos andrajosos que suelen vender rosarios en las plazas. Subvencionados son todos esos curanderos de la prensa, todos los escritores recibidos en la universidad de Tlaxcala, todos los que burlando al Fiel Contraste literario, al Consejo de Salubridad y la Inspección de Sanidad, expenden con medidas contrahechas efectos adulterados. Pero no es subvencionado el apto, el útil, el que vende lo que

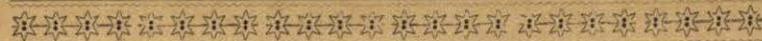
beneficia á la sociedad, y no es comprador tonto, sino hábil, el Gobierno que se convierte en parroquiano de ese mercader.

\* \* \*

He aquí el quid para los gobernantes: escoger buenos productos intelectuales. Y, precisamente, porque éstos tienen, entre nosotros, poca demanda, el Estado tiene que alentar á los productores, no erigiéndose en Providencia, pero sí impulsando como fuerza motriz. Un pueblo que se viste de manta, cuando se viste; que ahora está empezando á aprender á leer; que compra muchas velas de cera y que no come, es pésimo marchante para el productor intelectual, á menos que éste, prostituyéndose, halague la ignorancia, el fanatismo y los vicios del marchante. Y como nadie puede negar la utilidad de esos sembradores de ideas fecundas que se llaman publicistas, el Gobierno, supliendo en este caso la acción individual, hace perfectamente en *subvencionarles*, cuando los escoge bien, así como hizo perfectamente en subvencionar los kilómetros de los ferrocarriles.

Podrá objetarse que esa subvención sólo debe recaer en publicaciones científicas, de propaganda, que esparzan los conocimientos útiles; pero esto es un error. El periódico científico, el educador, el que populariza la historia, el que difunde nociones filosóficas ó económicas, el folleto, el libro, son el resultado de una civilización superior á la nuestra.

Aquí tenemos que acudir al diario de á cinco centavos, vehículo para influir en la burguesía y al diario de á centavo, vehículo para influir en las masas. Ayudar á la inteligencia sin capital, ó sea subvencionar, es deber del Gobierno. Pero el subvencionado no es un vendido: es un hombre que vende artículos de primera necesidad, sin recurrir á la mentira, á la falsificación, al fraude que los harían más productivos para él.



SU MAJESTAD EL PERIODISTA.

Hay un artículo de Alejandro Dumas (hijo), que es una obra maestra de intención y de agudeza: el periodista. Pinta á maravillas los caimientos y las tristezas y combates de ese pobre ser, sujeto á los caprichos de un tirano que tiene cien cabezas y cien bocas, y cuya tornadiza admiración gira tan rápidamente como las ruletas. Nada le pertenece, nada es suyo; el público le paga para saber los pormenores de su vida, las intimidades de su pensamiento.

Y es preciso que todas las mañanas, como todas las noches el actor, entretenga al público, le haga reír ó llorar, según lo pida la situación, aun cuando el desaliento le entumezca ó la tristeza anuble su cerebro.

Es preciso que, consecuente con su papel, dogmatice en el gran editorial ó culebree en la traviesa gacetilla: el cajista le aguarda, los prensistas esperan, las letras de plomo le llaman desde sus celdillas, y el lector le exige el pan de la curiosidad ó la bebida del escándalo. Es la bestia que gira eternamente en el arrastre ó en la noria. Cuando está vieja, enferma ó fatigada, la dejan perecer en un rincón.

No hay suplicio ninguno comparado al que padece el periodista en México. El carpintero, el sastre ó el pintor, puede conformarse con conocer principios y reglas de su arte; pero el periodista tiene que ser no solamente el *homo duplex* de que hablaba el latino, sino el hombre que como los dioses de Walhalha, puede partirse en mil pedazos y quedar entero. Ayer fué economista, hoy es teólogo, mañana será hebraizante ó tahonero. Es necesario que sepa cómo se hace

el buen pan y cuáles son las leyes de la evolución; no hay ciencia que no esté obligado á conocer, ni arte cuyos secretos deben ser ignorados por su entendimiento; la misma pluma con que anoche dibujó la crónica del baile ó del teatro, le servirá para trazar hoy un artículo sobre ferrocarriles ó sobre bancos. Y todo esto sin que la premura del tiempo le permita abrir un libro ó consultar un diccionario. ¡Al coche! ¡al coche! los pasajeros se atropellan, las maletas se abren ó se caen, los brazos se desanudan, el silbato suena, y el tren parte sin aguardar ni una hora, ni un minuto.

¿Quién posee la ciencia enciclopédica bastante para ser un perfecto periodista? En Europa, el trabajo intelectual se distribuye conforme á las aptitudes y saber de cada uno. Este diserta sobre la política, ese examina las cuestiones económicas, aquél juzga las obras literarias. Ninguno invade los dominios de otro; cada cual tiene sus posesiones perfectamente deslindadas y es filósofo, ó crítico, ó político, ó financiero, ó extratético, ó jurisconsulto, ó médico, ó poeta. Entre nosotros no sucede así: el periodista es uno y es diez mil. Es preciso que resuelva las crisis económicas y que tenga recetas para sanar los catarros, que anuncie si lloverá al siguiente día, y que indique los medios oportunos para combatir la flojera. Esta famosa ciencia enciclopédica fué posible en los felices tiempos de Pico de la Mirandola. A medida que las ciencias se han ido desarrollando y extendiendo, se han hecho imposibles esas grandes generalizaciones. Estamos en la época de los especialistas. Sólo el periodista tiene por fuerza que conocer, siquiera sea superficialmente, la escala toda de los conocimientos humanos. Sólo él tiene que ser músico y poeta, arquitecto y arqueólogo, pintor y médico.

Junto á este periodista obligado á saber todo, se alza el periodista-tinterillo, que también merece que se le estudie, y que él jamás estudia.

Puede haber abogados, médicos, ingenieros, farmacéuticos, malos y buenos; pero como esos abogados, médicos, ingenieros, farmacéuticos, han acreditado ante un tribunal más ó menos competente, que poseen el *mínimum* de conocimientos que la ley reputa necesario para que ellos adquieran el derecho de ejercer las dichas sendas profesiones, no hay sinrazón en que se llamen mutuamente (los del propio ramo) *compañeros*.

El periodista no se examina, puede no haber estudiado en ninguna escuela; y sin embargo, con tal de que tenga un amigo complaciente

en cualquiera redacción, ú ocho pesos en la bolsa para pagar la impresión del ejemplar único de algún diario que se publique cada año, ya tiene derecho pleno á llamar *compañero* á Don Guillermo Prieto, y á exigir de la sociedad idénticos respetos y de la ley iguales privilegios que el noble veterano de las letras.

Esto me parece ilógico, y por esta razón pregunto si es así.

¿Todo el que puede imprimir lo que escribe, es por este solo hecho periodista?

Todo el que cuela ó desliza en un periódico cualquier párrafo de gacetilla, aun cuando en él se calumnie ó se difame á alguien, ¿es desde ese momento sacerdote de la Prensa y disfruta los privilegios de que gozaría Don Anselmo de la Portilla, si viviera?

Conviene aclarar el punto, porque es de mucha trascendencia. Hay personas á quienes recibiríamos en nuestra propia casa; personas á quienes por ningún capítulo dejaríamos solas en nuestro despacho, por miedo á que nos robaran algún libro; y si una de esas personas, para vengarse de nuestro recelo ó de nuestra justa repugnancia, nos llama ladrones, ebrios ó asesinos en hoja diaria, tenemos que impartirle nuestra protección, y si el quejoso lo acusa ante los tribunales, pedir nosotros los agraviados de mañana, que se ponga inmediatamente en libertad á nuestro muy amado *compañero*.

Cuando un militar comete una acción reprobada ó una falta, se le expulsa en el acto del ejército. Desde ese instante ya no es militar. Cuando alguien, que por sí y ante sí, se ha dado el título de periodista, calumnia ó difama, sigue siendo periodista, y más respetable, más *compañero* nuestro que antes de cometer el delito, puesto que estamos dispuestos á abogar por él y á decir que hizo uso de su legítimo derecho al cometerlo.

Que haya igualdad, está bien. Pero, ¿por qué ha de haber igualdad entre los periodistas y no igualdad entre los calumniadores?

Que «la prensa se corrige por la prensa misma,» es doctrina que respeto y que casi profeso: pero, ¿cuál es la prensa? ¿Todo lo que aparezca impreso: el pasquín, el cartel, la hoja volante?

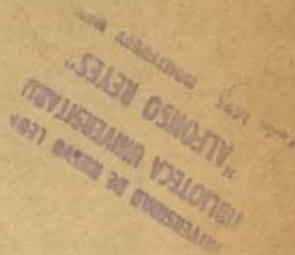
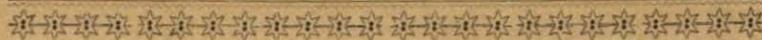
Cuando un eminente estadista mexicano sostuvo esa doctrina, era porque levantaba el concepto de prensa á la idea que de ella tenía y — digámoslo de una vez y con franqueza — porque la prensa, en aquel entonces, no se había abajado hasta el extremo de ejercer los feos oficios de espía, delator, calumniador pagado, ó apaleador por cuenta ajena. La prensa se corrige por la prensa, sí señor. En la

lucha de las ideas, como en la lucha por la vida, los fuertes sobreviven. La mentira se corrige por la verdad. Quiere la razón que sus enemigos peleen armados de todas piezas, para vencerlos con noble satisfacción, no con vergüenza. Que se agavillen contra nosotros todos los errores y nos acometan. Pero errores, ideas, opiniones, doctrinas, más ó menos falsas, más ó menos interesadas ó personalistas; no injurias, no difamaciones, no calumnias. ¿Cómo ha de corregirse la calumnia por la calumnia y el insulto por el insulto? ¿Tendremos que dejar de ser honrados por la razón de que nuestro enemigo no lo es? Si esa que vilipendia y que calumnia, es la prensa también, tenemos que convenir en que la prensa no se corrige por la prensa, sino por el palo ó por la cárcel. Y este último correctivo es el único que puede aplicar un hombre que se respeta y que respeta á la sociedad en que vive.

A cada rato, y desde hace mucho tiempo, oigo decir, cuando se comete algún delito vulgarísimo con el arma de un periódico y se trata de castigar al delincuente, que se ataca la inviolabilidad del periodista y se vulnera la Constitución. No quiero creer que la Constitución haya querido abrir esa puerta de escape á la calumnia y al insulto, para que puedan campar por sus respetos y quedar impunes. Ni los más celosos proteccionistas de la industria tipográfica han llegado á tal cinismo. — Tú me calumnias con fulano ó me insultas delante de una ó dos personas. ¡Yo te meto á la cárcel! Tú me calumnias ó me insultas en público, imprimes y repartes pródigamente la calumnia ó el insulto, para que sea sabido por el mayor número y quede en pie para el futuro; pero tienes cinco pesos para pagar la hoja impresa ó un amigo que te dé entrada á cualquier diario, ya eres inviolable; ya eres periodista; ya eres sacerdote; y lejos de tener el derecho de exigir tu castigo, tengo el deber, la obligación de proclamar que tuviste razón al ofenderme y defenderte contra todo el mundo.

Se me dirá: tú puedes apalea ó matar á tu calumniador. — Pero contesto: yo creía que las leyes se habían hecho para abolir esa justicia personal y salvaje del garrote y del puñal.

Insisto, pues, en que se aclare bien qué es un periodista y quiénes son los periodistas. Porque si mañana me agravia alguien seriamente, y yo lo llevo ante el juez, dirán que soy mal compañero; si lo mato, dirán que soy un asesino; y si lo aguanto, dirán que soy un cobardón.



POR QUÉ NO VOTO.

Al Señor Director de «El Universal.»

¿Por qué no voto en el Concurso de Belleza? Amigo mío, ya estoy de vuelta de ese hermoso país que da flores á millares para que nosotros las regalemos. Primero, los dulces; luego, las flores; después, las mujeres; y por último, los niños, ó la tristeza intensa que hay en esta frase: «Ya volví.»

La caída de mi tarde, este anochecer de mis deseos, no viene con espesas nublazones ni cárdenos relámpagos. No, ¡líbreme Dios de ser arisco con la inspiradora de muchas acciones malas y de casi todas las acciones buenas! No podemos amar á los hombres, y como el amor es obligatorio, tenemos por fuerza que amar á las mujeres. El que habla mal de ellas, es porque sólo ha conocido á una. Y no hablo de la madre porque ésta no es mujer, es madre nada más; y las madres, como los ángeles, no tienen sexo.

Esta misma afición mía á lo mejor que hubo en el Paraíso, me obliga, amable director, á no votar. Desde luego, no entiendo la pregunta: ¿cuál es la más bella? . . . Pues sólo puedo responder con más preguntas: ¿La más bella, cuándo, en dónde y á qué edad? Ya sé que hay una belleza uniformada, reglamentada, una belleza que sirve para hacer estatuas. A esa belleza la admiro, pero no la amo. La impasibilidad era, por ejemplo, la condición esencial de la belleza en la estatuaria griega. Creo que llamaban á esa impasibilidad, en estética y en moral, *ataraxia* ó *apkatia*: falta de movimiento, falta de pasión. Y esa belleza inmóvil que puedo y debo admirar

en las grandes esculturas, no me gusta en la mujer. Que no sea correcta su hermosura. . . . ¿para qué? La naturaleza hace improvisaciones deliciosas. ¡Oh! ¡Y hay defectos sublimes en sus obras! La nariz irreprochable de Cleopatra es cuasi divina; pero, ¿y la nariz de Mimí Pinsón. . . .? ¡Qué bonito pecado!

Querer proclamar una belleza superior á todas y darle la dictadura, es antidemocrático. No recuerdo quién propuso para México la tiranía honrada. Pues bien, lo que Ud. quiere es la tiranía de una sola belleza. Una. . . . ¡Qué profanación! La belleza pertenece al género femenino y número plural!

Primero es, para nosotros, algo así como el humo que traza muchas curvas en el aire. . . . como el vaho formado por el aliento de todas las mujeres. . . . Es la neblina del amor en el amanecer de nuestras almas. Después viene un rayo de sol y al color reina en nuestros sueños amorosos como déspota. ¿Cuál color? Un color que suele ser muy color de rosa, ó muy blanco, ó muy moreno, pero que siempre es *muy*. Un color que no está en el prisma: el color de mujer. Entonces reposan nuestras miradas, como en blandos almohadones, en las figuras femeninas, rozagantes y frescas, de la pintura flamenca. La mujer se nos presenta en toda la plenitud de su desarrollo, con la púrpura intacta de su sangre, como Eva se presentó á Adán. Todo hombre que ama por primera vez, es igual al primer hombre.

Pero en seguida, y al paso que nos vamos internando en la existencia, ¡cómo se va torciendo y complicando este concepto de la belleza! Llegamos á comprender y hasta á amar voluptuosamente la belleza del dolor! ¡Qué bien sabe besar una lágrima! ¿Y la belleza de la alegría. . . .? Eso de coger una risa con los labios, ¡qué bueno es!

Hay quienes llegan á preferir las hermosuras diáfanas, como si éstas les recordaran algún ángel ausente. A otros subyuga la hermosura de la maldad. Y no hay manera de poder señalar la belleza única. Hasta alguna que ayer nos parecía fea, puede mañana parecerse bella. . . . si ya hemos aprendido á traducirla.

¿No ha sentido Ud. jamás que la más bella entre todas las mujeres es una viejecita? ¿Y cómo se ha de dar un voto en el concurso de belleza á esa anciana de cabello blanco, tocas blancas y alma blanca?

La belleza es un color que tenemos en el alma, y se tinte de él lo que á ella entra. ¡Qué feas se nos ponen allá dentro muchas mujeres muy hermosas. . . .!

Hace poco repasaba yo la lista que está Ud. publicando. ¿A cuál de esas señoritas daría el premio? ¡Qué problema tan arduo y tan inútil! Lo peor, lo más fastidioso y lo que sirve de menos en la vida, es escoger! Dios, según el Génesis, hizo una sola mujer, pero porque en esa sola mujer las hizo á todas. Lo que crió fué una fuerza; fué el *eterno femenino*. Pero Dios no hizo una sola flor, ni una sola estrella, ni una sola ave. Y no dijo al hombre: para tí la más bella será la margarita; la más hermosa, *Vesper*; la más esbelta, la orpéndola.—Soltó el gusto de cada uno, como se deja libre á un niño en el jardín á la hora del asueto, y le dijo: ¡Corre! ¡Haz lo que quieras!

Entiendo yo que este certamen del «Universal» es más bien un certamen de simpatías. No está á discusión, propiamente hablando, la belleza de las señoritas mexicanas. Esa no se discute, es un artículo de su constitución. Tampoco la que triunfe ejercerá el poder por un período fijo de años. . . . Pues ¿y las que vivan ocultas? ¿Y las que vengan con vestido alto para llegar más aprisa?

¿Se tratará acaso de escoger realmente? ¡Mucho menos! Escoger. . . . ¿para qué? Escogemos entre aquellas á quienes vemos y tratamos, á una por mujer, pero no decimos: Esta es la más hermosa —sino— esta es la que yo quiero!

Miro la lista y siento tentaciones de poner *mi* nombre aquí. . . . y allá. . . . y en esa otra columna. Pero si al salir de casa, si al torcer la esquina, encuentro una mujer más bella que esas tres? No; yo no voto por la dictadura! Quiero el gobierno de la hermosura ejercido por todas las hermosas.

Me simpatiza, sin embargo, este concurso porque comprendo la idea de Ud., ¡oh director *galantuomo*! Quiso Ud., ahora que llegue el invierno, y son raras las flores, cubrir de rosas y gardenias á las que perfuman gardenias y rosas con su aliento. Se propone preparar la primavera del año entrante. . . . y allá van flores á los labios frescos para pedirles un poquito de perfume.

Y á esos pájaros que se llaman poetas y que quieren cantar en jaula de oro, éste en esa ventana, aquél entre las campanillas del balcón de allá, les abrió Ud. las hojas hospedadoras de su diario, y allí están cantando las simpatías y los cariños á las hermosas, á las amadas y á las buenas.—¿Por qué votas por ella?—¡Por su sonrisa!—¿Y tú?—Por sus ojos.—¿Y tú, amigo?—Porque la amo.—¿Y Ud?—Porque es muy buena.

¿Cómo pueden computarse estos votos heterogéneos? ¿Cuál es la más bella? Os lo diré si me decís lo que suman una violeta, una alondra y una estrella. . . .

He aquí por qué no voto, amigo mío. Escoger es renunciar á todas menos á una. Ser fiel á ésta ó aquélla, es ser infiel á las demás. Eso se hace ó debe hacerse al casarse; pero no se hace más que una sola vez.

A mi juicio, el concurso no tiene más que un único defecto: el de que por fuerza ha de acabarse. Mientras véamos el nombre de todas, ¡qué alegría para los ojos! Pero al quedar el de una sola. . . ¡cuántas ausentes!

Por eso yo lo dejaría incompleto como esas melodías que acaban en la orquesta, continúan en el canto y siguen después sin terminarse nunca, en la memoria y en las almas de los que las oyeron.

¿Sabe Ud. lo que yo haría en lugar de Ud? Pues decir á esas hermosas y buenas señoritas: — Ustedes no han menester de flores. . . . ¡tienen tantas! Sus nombres figuran en todas las revistas de salón, circuídos por guirnaldas de adjetivos galantes. Pero á la hora en que *El Universal* muy de mañana llega á las puertas de las casas ó palacios en que ustedes habitan; en la hora en que todavía esos ojos están alumbrando el mundo de los sueños, corren por esas calles, friolentas y con el tápalo raído muchas que son también buenas, bonitas, pero que están á obscuras porque son muy pobres. Van á misa, van á su trabajo, van tal vez á empeñar el último vestido bueno de la pobre mamá. Esas no tienen flores. . . . ¿no les damos éstas?

Y como todas son muy buenas, las darían. Así no habría una reina, no habría celos, no habría olvidos: las hermosas canéforas llevarían sus rosas y jazmines al ara de la *ignota dea*, de la hermosura desconocida.



VER MORIR.

Ver morir es uno de los espectáculos que más agradan á esas señoras cuyos nombres debemos ignorar. Hoy que el reportazgo da cuenta de todo y se ha convertido en el gran autor dramático del siglo, leemos las crónicas de fusilamientos escritas con tantos detalles y minuciosidad como las revistas de los bailes. «Concurrieron á la escena sangrienta la crema del *demi-monde* y los jóvenes más *fin du Siècle* de nuestra buena sociedad.» Esos mismos abonados á las *premières* de los fusilamientos, son los que llenan las plazas de toros. En los tendidos de esos circos y en los coches de sitio que se dirigen á los llanos de San Lázaro cuando va á ser ajusticiado alguno, aparecen las mismas caras desveladas y color de manzanilla, los mismos paltós color de avellana clara, con el cuello alzado, los mismos bustos femeninos sin corsé, los mismos ojos que sólo brillan, como ciertas lámparas cuando tienen alcohol. De esos coches salen crapulosas risotadas como las que se oyen en las tandas. Y á la vuelta puede presenciar el curioso un desfile tan alegre como el de los carruajes que concurren al *Derby*. Un fusilamiento es el *Derby* de la canalla.

En los toros — alguna vez lo he dicho, — todas mis simpatías están con el toro. Deseo que el bicho haga todo lo posible por ensartar al torero. En los fusilamientos, mis simpatías están con el ajusticiado. Vería con gusto que él fusilara á todos los que van por curiosidad á verle morir.

Comprendo que un artista, en busca siempre de lo bello hasta en lo feo, asista, por ejemplo, á un auto de fe. Ese es un drama de